

SABER FILOSOFAR

NELSON BARROS CANTILLO*

RESUMEN

Un problema académico serio radica en que viniendo de cursar y aprobar las unidades de los programas oficiales de Filosofía, muchos discentes coinciden en la opinión de haber sido promediadamente preparados para repetir las enseñanzas de los filósofos, mas no en la disciplina –el arte o la técnica– de filosofar ellos mismos con la razonable solvencia que cabría esperar del título con que son ritual y hasta pomposamente investidos.

Palabras clave

Filosofar, Saber, Maestro, Discurso, Hermenéutica.

ABSTRACT

A serious academic problema is that coming to take and pass the units of the official philosophy programs, many learners agree on the opinion of being trained to repeat the teachings of philosophers, but not in the discipline, art or technique, of philosophizing themselves with the same reasonable and expected solvency that comes with the title.

Key words

Philosophy, Knowledge, Teacher, Discourse, Hermeneutics.

* Docente Universidad del Atlántico. Investigador Grupo de Investigaciones Amauta. Colciencias. Categoría B.

Se ha escrito mucho y debatido no poco sobre la clase de asociación que tiene lugar entre la *filosofía*, conceptualizada como un género de conocimientos *eidéticos*, universales y abstractos, y el *filosofar*, entendido como el término que denota la actividad lingüística más propia de quienes en su condición de aprendices asombrados, diletantes espontáneos, o académicos rijosos, se aplican al impredecible esfuerzo reflexivo de replantear los principios radicales o descubrir las soluciones atinentes a la especie de problemas “esenciales”, que, ponderados con frecuencia de “irresolubles” o “ilegítimos” por la cuota de ambigüedad que les connota, constituyen, no obstante, el meollo de la densa maraña discursiva conocida con el nombre de “dominio filosófico”.

Algunas de las concomitancias fijas entre el *ser* y el *quehacer* de la filosofía atañen al nexo pedagógico probable que aplicaría a ensamblar las nociones conceptualizadas de su vocabulario *eidético*, en las matrices oracionales y deductivas del “dialecto” –en ocasiones “abstruso y pedantesco”– por cuyo conducto piensan, hablan y escriben los filósofos. Uno de los objetivos tempranos del aprendiz de filósofo debería ser el dominio de la técnica que ayuda a no confundir el hecho de filosofar como reflexión doctrinaria atinente a cualquier conjeturable interpretación del mundo, con el itinerario mental que induce los pasos a seguir en la organización formal del acervo temático y el empleo de los re-

cursos lógicos y verbales proyectados a endosar la clase de argumentaciones que se reconocen “filosóficas”.

Es así que existe un conjunto de molduras discursivas básicas calificadas por el uso social de “inconfundiblemente filosóficas”, que contiene el menú de los géneros de argumentaciones y estrategias retóricas de que se valen los filósofos en su críptico ejercicio de trasegar reflexivamente el pensamiento abstracto de un polo al otro del recorrido dialéctico. Esos esquemas de fondo representan el esqueleto del idioma inconcreto, neutro y universal, en que se soportan la doxática y la pragmática de la filosofía (o de las filosofías), independientemente de las posiciones doctrinarias que se constituyan, impliquen o adopten en la exégesis obligada de los correspondientes contenidos proposicionales.

Bajo ese alero hermenéutico podrían interpretarse las palabras del neotomista J. Maritain, cuando llama a la reflexión acerca de los desacuerdos en que de continuo incurren los filósofos al filosofar: “...los filósofos, cuando filosofan, están o parecen estar en desacuerdo sobre todas las cosas” (*La philosophe dans la cité*). Por supuesto, no son las cosas lo que generan el desacuerdo, sino el punto de mira desde el cual cada filósofo intenta prevalecer su propia explicación doctrinaria sobre ellas. Aunque diferentes unas de otras en lo doctrinario, esas explicaciones son semejantes unas

con otras en lo filosófico. Tienen en común la jerga del oficio, el manejo de las abstracciones, la elegancia de la especulación reflexiva, y el estilo contencioso, es decir, atesoran la amalgama de los rasgos que perfilan la incomparable personalidad de la filosofía.

Los mejores portadores y heraldos de esas predominancias fisonómicas de la filosofía son los pensadores que saben filosofar, aquellos que desacuerdan entre sí al confrontar sus paradigmas pero armonizan en la manera de ejercer las discordancias. Son los mismos cuya retórica nos conmina a recabar, hablando de desavenencias filosóficas, sobre la obesa, tautológica y perogrullesca verdad según la cual lo único que parece del todo indiscutible en las discusiones filosóficas es que son, por donde se las mire, de inconfundible “naturaleza filosófica”. Con mucha razón y un tris de mordacidad, Paul Peeteers ha dicho, en sus *Sentencias Inmemoriales*, que “quienes con más frecuencia necesitan reflexionar son aquellos a quienes la reflexión no lleva nunca a ninguna parte”.

Vale decir, pues, que los discursos filosóficos contrapuestos entre sí, por disímiles que sean o parezcan serlo, están urdidos con los mismos materiales idiomáticos que modulan el obligado rasero lingüístico de la expresividad filosófica. La pugna entre el empirismo y el racionalismo clásicos, enfrentados sin concilios en torno al problema gnoseológico del

origen del conocimiento, es un ejemplo muy a propósito para ilustrar un punto dado, desplegando su contexto. “Saber filosofar” no aplica al nudo acto de exhibir la propedéutica de los argumentos que avalan una tesis; aplica sobre todo a excogitar con lógica exacta y reflexión plausible en torno a las ventajas axiomáticas y demostrativas de dichos argumentos.

El buen filósofo argumenta filosóficamente el argumento que aplica, porque sabe que los argumentos, *per se*, no son portadores de cargas ideológicas ni archivo de componentes probatorios. Es el orador quien adoba y refuerza sus argumentos principales con valores éticos, estéticos, filosóficos o políticos, eventualmente proyectados a servir sus intereses doctrinarios. Un argumento de causalidad, separado de su contexto, deja de ser el componente probatorio que, acaso, apuntalaba el alegato de alguna refutación. La causalidad es un argumento de taxonomía explicativa que se agota en las formas ecuacionales que lo definen como función. Para operar con él como herramienta de base y recurso efectivo del escritor polémico o del orador pugnaz, es mandatorio rellenar de contenidos conceptuales beligerantes, las formas vacuas de sus estructuras sintácticas.

En el despliegue multitonal de los distintos idiomas y dialectos naturales y artificiales del mundo, se deja oír sin descanso el rezongo pautado de la relación causal. Desde la versión ru-

dimentaria como flaca razón del iletrado, hasta su máxima sofisticación en los muy doctos, hay una estructura fija, aunque dúctil, que concommita hermenéuticamente con cualquiera de los modos que asume su alegato. Ese arquetipo constante que le hace sombra a la argumentación causal es el esqueleto o estructura del trozo discursivo que la contiene y que funge de referencia o guía al orador consagrado a la tarea de hacer filosofía con el expediente de la explicación susodicha.

Otro sí concierne a la estrategia erística de reducción al absurdo, un argumento que ha sido, desde antaño, recurso favorito de muchos filósofos notables. Lo cual no obsta, de ninguna manera, para que no lo haya sido de generaciones de juristas, políticos, teólogos, científicos o pedagogos, así como de otros empujados cultores del diversificado saber humano, que han devenido expertos, también, en el arte de pensar y comunicar sus respectivas “verdades”. Un argumento como la *reductio ad absurdum*, por consiguiente, por muy “filosófico” que se le considere, no es filosófico en sí mismo, sino en tanto y en cuanto sea recurrido para filosofar por quienes saben hacerlo.

El desarrollo de un debate público sobre la hipótesis de la vida ultramundana entre un positivista agnóstico y un neotomista radical, pongamos por caso, haría evidente que del otro lado de las diferencias ideológicas, epistemológicas o de método que los

separan y distinguen, hay una manera en común de organizar la jerga y la gramática, los argumentos y las inferencias, que, sin espacio para la duda e independientemente del resultado litigioso, es la propia de la filosofía. Si los oradores transparentan conocer bien el dialéctico oficio de contender, lo justo es reconocerles ese mérito como prueba del arte de saber filosofar, aunque no se comparta la predilección doctrinaria de alguno de ellos o la de ninguno de los dos.

Apurando precisar el tema un poco más, no redundaría destacar que “filosofar”, según aquí connota, es un vocablo que debe entenderse en su sentido idiomático más lato. No concierne directamente a lo doctrinario o partidista aunque sí a los modos de organizar el discurso de esta doctrina o la apología de aquel partido, acudiendo al procedimiento inconfundiblemente propio de los que saben filosofar. Son estos modos “hiperdoxos” de pensar y decir las cosas, lo que “delata” o “descubre” al filósofo como “pensador por excelencia” diferenciándolo de los demás teóricos que, siendo doctos o entendidos a cual más, discurren en áreas menos universales del conocimiento.

Aristóteles dice en el *Protréptico*: “O debemos filosofar o no debemos hacerlo. Si debemos hacerlo, entonces debemos hacerlo. Si no debemos hacerlo, entonces también debemos hacerlo (para explicar por qué no debemos hacerlo). Luego en cualquier

caso debemos filosofar”. Con esta reflexión, que a su vez es un llamado a una nueva reflexión sobre sí misma, el estagirita alude al “filosofar” en el sentido antedicho, o sea, en cuanto a la mondana forma y craso estilo de discurrir el pensamiento en abstracto, vertido luego en los modismos retóricos y mapas dialógicos que son propios y exclusivos de quienes ejercen cabalmente este extraño arte o peculiar oficio palabrero.

Con todo, no debe ser soslayada la circunstancia anómala de los llamados discursos “límitrofes” y “borrosos”. El primero de estos problemas connota cierta clase de desarrollos teóricos, nacidos en dominios ontológicos variadamente dispares del filosófico, que desbordan parámetros y profundizan en temas cuyos contenidos y rangos se compaginan o entretrepan en indecisa alternancia con los que son materia propia del pensar y obrar filosóficos. Los segundos, en general, son discursos ambiguos en cuanto a su condición de ser o no ser “filosóficos” debido a la inconsistencia generada por la intromisión en el contexto de dos o más puntos de vista epistemológicos inconsistentes entre sí, que muestran visos o iridiscencias engañosas al perceptor que los aplica al objeto de conocimiento respectivo.

Este fenómeno de bastardía en los textos y alocuciones de semblanza filosófica es muy frecuente y está bastante difundido por las siguientes razones no exhaustivas: primera, por-

que la filosofía compete, en general, a todas las cosas y en su modo peculiar, a cada una de ellas; segundo, porque es inevitable que en algún punto de su desarrollo teórico las explicaciones acerca de lo particular y concreto deriven hacia lo más general y abstracto; tercero, porque cada ser humano del común es un “filósofo natural” que ocasionalmente piensa o dice algo filosófico, pese a la natural rudeza de su lógica y al flaco expediente de su formación retórica; y cuarto, porque son muchos los egresados de las universidades como “filósofos” y pocos, entre ellos, los que aprenden plenamente el arte de saber filosofar.

El ejercicio de identificación del carácter filosófico de la prosa en el discurso, deviene más complejo cuando anexa la exigencia de clasificar el párrafo espigado para el análisis, en la corriente de pensamiento a que pertenece el orador, y lo es aún en mayor grado cuando el reto concierne al estilo personal de aquel que lo suscribe. Sin duda, entrenarse en el manejo operativo de las técnicas de identificación discursiva, apuntala vigorosamente el cometido de alcanzar a dominar el arte de pensar y orar con la inobjetable destreza y el noble “aire” retórico que clasifican *grosso modo* al filósofo como *rara avis* parlanchina, de inescrutable logo y argumento cautivador.

Un problema académico serio radica en que viniendo de cursar y aprobar las unidades de los programas oficia-

les de Filosofía, muchos discentes coinciden en la opinión de haber sido promediadamente preparados para repetir las enseñanzas de los filósofos, mas no en la disciplina –el arte o la técnica– de filosofar ellos mismos con la razonable solvencia que cabría esperar del título con que son ritual y hasta pomposamente investidos. Es la misma inconformidad que aqueja a la mayoría de los perennes lectores aficionados a los temas filosóficos y a no pocos profesores de la asignatura que conociendo sinópticamente lo que han teorizado los filósofos mayores, no saben ellos mismos filosofar esas teorías para ponderarlas analíticamente o enseñarlas dialogadamente a sus alumnos, sino que las receptan, discuten o transmiten echando mano del áspero formato regular en que se verbaliza el lenguaje cotidiano.

De este modo, las ideas filosóficas se transmiten mediante la técnica narrativa de la tercera persona, traducidas a secuencias oracionales desangradas y sacadas de contexto. El pico más alto de esa simplificación bastarda se alcanza al desglosar del texto alguna idea que más o menos sintetice la propuesta filosófica del autor, para alzar-se con ella y la impostura de su doxa, como sucedáneas del método que remite a la lectura y análisis de la obra original. El punto intermedio de esta trapisonda pedagógica son los textos escolares, cuya excesiva esquematización temática genera, entre otros, los dos siguientes perjuicios: transmitir defectuosamente los contenidos

didácticos y suscitar el mal hábito del facilismo en los procesos de enseñanza-aprendizaje.

Por consiguiente, sin descartar del todo la técnica relatora en tercera persona y los resúmenes sinópticos técnicamente proyectados a la manera de recursos paralelos, es mandatorio implementar procedimientos tales que induzcan a operar las nociones filosóficas en primera persona del singular como argumentos que se exponen, defienden y confutan en el formato discursivo de exposiciones, foros y diálogos, liderados por el profesor y protagonizados por los discentes. No se exceptuarán de ello los trabajos escritos; las exposiciones y sustentaciones individuales habrán de ser presentados como monólogos o raciocinios en los cuales el alumno no relatará lo que dijo tal o cual filósofo, sino que asumirá encarnar a esa persona discurrendo, *mutatis mutandi*, como supuestamente él lo habría hecho en el pasado o lo haría en el presente, según fuere el caso.

Todo esto podría llegar a ser tildado de exageración y amenazado por el ridículo, mas ha de ser de esta manera, en lo posible, mientras forme parte del entrenamiento prospectado para aprender a filosofar. En las fases inicial e intermedia del aprendizaje es preferible el acto de filosofar bien como desempeño oral o por escrito, a contar con la razón en cuanto a la verdad o falsedad de los contenidos oracionales respectivos. Lo cual, de paso,

permite recordar que se puede filosofar enjundiosa y grandilocuentemente pese a estar el expositor completamente equivocado en su propuesta.

Una variante del método en reseña, implementada por los sofistas griegos del siglo IV (a.n.e.), consiste en defender el alumno una tesis cualquiera y atacar su antítesis, pasando luego a defender la antítesis para atacar la tesis. Con ello se lograba el efecto de priorizar la función reflexiva de la razón por encima del impulso ciego de las emociones, especialmente cuando la crudeza de estas amenazaba perturbar el cabal desempeño de aquella. Otro objetivo capital de la estrategia sofística era implantar en la conciencia del aprendiz la impresión de que gran parte del conocimiento humano es relativo, subjetivo, contingente o pragmático, que los contendientes dialécticos pueden estar parejamente equivocados o ser dueños simultáneos de verdades “contrincantes” que no son del todo excluyentes entre sí, etcétera.

Así se pone de presente que el enseñador no debe limitarse a relatar resúmenes de la saga filosófica de los autores, ni los estudiantes a copiar y memorizar esos esquemas. Ni siquiera la enseñanza no sinóptica, que se prodiga en disertaciones conceptuosas y lecturas obligadas de los clásicos, garantiza el resultado de habilitar expertamente al estudiante en la enjundiosa y connotada técnica de hacer filosofía. La clave que atesora la fór-

mula del éxito en el dominio de esa destreza es sencilla de entender pero ardua de practicar. Su método, que es el más directo y seguro, radica en el manejo histriónico del discurso. El aprendiz de filósofo también lo será de las artes escénicas. La filosofía no se hace o piensa impersonalmente sino que es creada y protagonizada en la primera persona del singular. De este modo, el aprendiz de filósofo no repite o reconstruye neutral e impersonalmente lo que, por ejemplo, escribió el epicúreo Tito Lucrecio Caro en *De rerum natura*, acerca del mundo y los dioses; asume que él mismo es Lucrecio y, como un actor en escena, hablará según supuestamente lo habría hecho el filósofo-poeta –a juzgar por el estilo y fondo de la obra citada– cuando dilucidó su idea preclara sobre la existencia y naturaleza de las cosas.

El resultado de esta táctica pedagógica será tanto más feliz cuanto mayor sea el grado de asimilación por parte del estudiante, en cuanto al contenido del pensamiento y el estilo retórico del autor representado. Las observaciones críticas de su propia cosecha, así como las notas obligadas que remitan a otros pensadores, deberán evacuarse dentro del mismo espíritu hermenéutico, la misma tónica histriónica y el mismo ritmo discursivo que prevalecen en el segmento principal de la alocución investigada.

La cosecha pedagógica del método propuesto, se prodiga en la asimila-

ción plausible del estilo de alegar de cada autor representado, fenómeno que hace tránsito lógico, por vía de abstracciones y generalizaciones sucesivas, a la conformación del esquema mental que sintetiza en un prototipo de acomodables contornos, el concepto universal de “estilo filosófico de alegar”, asociado a lo que es común e imprescindible en cada uno de los casos desglosados del conjunto. El filósofo bien formado desarrolla un estilo personal de hacer filosofía, que debe ser compatible con el espíritu doctrinario de la escuela o tendencia filosófica a que pertenece, misma que a su vez “hace lo propio” frente a la exigencia de exhibir su estilístico talante en su interacción con las demás doctrinas.

Un filósofo kantiano discurre (piensa y comunica) como filósofo, de una manera (lógica y epistemológica) que es propia de su doctrina, y con un estilo (idiomático y retórico) que marca su idiosincrasia personal. Son tres, pues, los componentes que solidariamente integran la estructura conceptual de “filósofo”. Sin embargo, aunque no puede darse ser filósofo kantiano sin ser filósofo, la idea viceversa es obviamente posible, circunstancia que autoriza a deducir que no existen buenos filósofos kantianos, o de cualquier escuela, que no sean, básicamente, buenos filósofos. O que no lo hayan sido en las instancias doctrinarias precedentes de su periplo intelectual.

Quienes desconocen los preceptos a que remiten estas glosas, suelen deba-

tirse en medio de retóricas disparatadas y posiciones inconsistentes, ignorando, verbi gracia, que emplean mixturas epistemológicas puntualmente incompatibles entre sí para asumir, por ejemplo, el examen crítico de alguna exacerbación metafísica. La casi absoluta falta de claridad acerca del contenido y alcances de los marcos contextuales, que es tan frecuente en los llamados “trabajos de investigación” adelantados por los estudiantes de filosofía, es evidencia documentaria de esta falencia imperdonable y de la indolencia para subsanarla que suele ser su permanente escolta.

Otras alternativas metodológicas aplicables al concepto de “aprender a filosofar”, se reseñan sin mayores rigores ni premuras en los siguientes desarrollos del presente microensayo.

La filosofía es un lenguaje de estilo original acuñado para razonar y decir las cosas de modo abstracto, *eidético* y universal, que el estudiante debe aplicarse a entender y practicar según lo hace, sentadas las diferencias, con la música, los idiomas o las matemáticas. No es verdadero músico quien se reduce a describir, *grosso modo*, los movimientos de que se compone una sonata, sin ser capaz de ejecutarla instrumentalmente. *Mutatis mutandi*, no puede discurrir como un verdadero filósofo aquel que no conoce la jerga del oficio ni sabe operar correctamente las reglas del lenguaje reflexivo que le es propio.

La incorporación del estilo propio de

hacer filosofía en los hábitos lingüísticos del sujeto que la investiga o profesa, tiende a mostrarse involuntariamente y con creciente regularidad en sus locuciones cotidianas, las cuales, aunque no sean juicios o inferencias de admirable hondura teórica, dejan asomar a la vida societaria ese estilo formal e inconfundible de entender y conceptualizar el mundo de que hace gala este saber sin parangones. Hasta cierto punto, el fenómeno espontáneo de “hablar filosóficamente” el pensador bisoño con ocasión del mínimo pretexto, es un favorable indicio de su incipiente habilidad para “hacer filosofía”, así como de su personal interés por esta disciplina, cuyos rasgos operacionales van siendo incorporados selectivamente por la praxis, en el nivel mental de sus hábitos lógicos y regulaciones discursivas.

No faltan voces, muy autorizadas por cierto, que pontifican acerca del tema en examen con el argumento de que el trajín intelectual permanente con el pensamiento de los grandes filósofos es el mejor de los métodos para aprender a filosofar. No cabe duda que, en términos generales, así debería ser, solo que la variable “en el muy largo plazo” no debe ser omitida de la fórmula propuesta para que esta constituya una opción más concreta y entendible, representable en la sumatoria abrumadora de numerosas calendas consagradas al oficio interminable de leer y releer las principales obras de los mejores pensadores, intentando atrapar por esa única y excluyente vía

el *quid* del antedicho estilo de argumentar.

En cualquier caso, la lectura de los “grandes” se convierte en un hábito de toda la vida, una experiencia enriquecedora y placentera de la que no se puede prescindir. La prosa de Descartes, clara y distinta por antonomasia, es un encumbrado referente pedagógico asociado al valor de la excelencia en el oficioso arte de filosofar. Lo cual es prueba de su genio, pero también testimonio de su formación escolar temprana a cargo de los jesuitas de *La Fleche*, quienes impartían a sus educandos una especie de enseñanza metodológica consistente en el manejo del lenguaje abstracto, aplicable a cualquier expresión del pensamiento en que fuera menester.

El genio de Macedonia fue un pensador asaz interesado en enseñar no solo el “qué” de la filosofía conceptualizada, pero también el “cómo” se la puede aplicar a la praxis discursiva. Sus “Analíticos” *Primero* y *Segundo* constituyen ejemplo y prueba de esta idea. Desafortunadamente, los programas universitarios de Filosofía no son proclives a dispensar seminarios-talleres que enseñen un poco a pensar y orar de modo aristotélico, es decir, no se induce al aprendiz a que, *mutatis mutandi*, repita y asimile los itinerarios lógicos y verbales que pautaron el quehacer filosófico personal del estagirita.

La obra de Platón es el modelo pedagógico por excelencia para realizar la bifronte empresa de aprender *filosofía* y empezar a *filosofar*. La forma dialogada de que se sirve el “divino” para exponer las ideas, lucubrar los juicios, alegar las argumentaciones, derivar las consecuencias, defender las tesis propias e infirmar las adversativas –entre otras especies de operaciones discursivas– induce al lector a tomar partido en las disputas de los oradores del texto, consolidando así el aprendizaje de los conceptos filosóficos de que trata la contienda y fijando también, parejamente, sin reglas ni mandatos explícitos, las pautas que emergen en la práctica verbal para hacer filosofía mientras se comunica el sujeto interactivamente con alguien, o consigo mismo en el monólogo, sobre cualquiera de los variados y feraces desarrollos temáticos.

Sucede, sin embargo, que en las asignaturas de pregrado y postgrado, lo mismo que en los seminarios y cursos de variada matriz que se imparten en los programas de Filosofía sobre la obra de Platón en muchas universidades del mundo, es costumbre desaprovechar los méritos didácticos del proceso dialógico, que es parte substancial de la dinámica argumentativa de la obra, mientras se desglosan del contexto los conceptos centrales debatidos por los oradores, para trabajar con ellos como piezas relativamente autónomas e independientes de su circunstancia literaria y metodológica original.

De este modo malhadado, se vierte la hermosura literaria del diálogo filosófico primigenio en la insípida prosa del exegeta utilitario que funge de ducho historiador o posa de platónico experto. Muchos profesores enseñan los contenidos programáticos sobre el pensamiento de Platón a partir de resúmenes “descontaminados del prurito dialogal”, y los estudiantes son obligados a rendir escuetas sinopsis de sus lecturas bajo el mismo alero metodológico. Este rechazo extremo –a veces resueltamente fóbico– del diálogo, bastante arraigado y extendido por el mundo de la cultura filosófica actual, encarna un prejuicio intelectual de idiopática procedencia que es generador de situaciones pedagógicas indeseables y de fracasos personales continuos como resultado de la aplicación de programas diseñados para resumir la Filosofía, pero que no enseñan a filosofar.

Uno de esos daños se mide por aproximaciones estadísticas en la reducida destreza para lucubrar filosóficamente en las disertaciones orales y trabajos escritos, que evidencia la mayoría de egresados de los programas oficiales. Por lo general, son parcos para crear y gruesos para sustentar, confutar y debatir las ideas, porque no fueron entrenados para ello mediante la asimilación conceptuada y la praxis efectiva del sistema dialogal. Los temas filosóficos presentados y debatidos en foros, mesas redondas, conversatorios y paneles de diferente índole, jamás acusan la impronta de la interacción

dialéctica aludida. Tampoco se presentan dialogados o monologados las tesis de grado, ni los libros universitarios de rango filosófico escritos por los docentes.

Por otra parte, no hay que dejarse engatusar por el discurso sobrecargado de tecnicismos que es tan propio de los autores y oradores que filosofan exclusivamente sobre determinados dominios del saber. La muestra de erudición en el manejo conceptual o práctico de algún renglón de la ciencia, el arte, el derecho o la teología, por ejemplo, no supe las falencias filosóficas del orador, ni eleva la calificación de sus méritos discursivos en el orden lógico y epistemológico. No filosofa mejor quien más detalles particulares conoce sobre el tema, sino el que sabe organizar los puntos que son básicos para urdir explicaciones tan consistentes en la sintaxis, como verosímiles en la semántica. “El filósofo –ha escrito Michel Dummett– no busca saber más sino comprender mejor lo que ya sabe”.

Se impone, por tanto, la urgente necesidad de implementar cambios y adiciones temáticas en los programas vigentes, de cara a manejar principios, métodos y técnicas que enseñen a filosofar. Esta clase de enseñanza comprende dos objetivos primordiales. El primero apunta a la asimilación de un conjunto de nociones básicas bien definidas, que se aplica sin excepción a todos los discursos posibles. El discente quedaría así relativamente ha-

bilitado para enfrentar idóneamente situaciones polémicas de naturaleza no filosófica necesitadas del análisis lógico o del diagnóstico de la gno-seología, para precisar sus conceptos, puntualizar sus juicios o avalar sus inferencias.

El segundo objetivo reclama un pronuntario básico de pasos a seguir para captar el ritmo discursivo de la prosa de cualquier filósofo en el universo libresco de las obras que resulten elegibles para ello. Requisitorio que se complementa con indicaciones plausibles para rastrear, desde evidencias plenas tanto como de indicios recordados, el factible itinerario mental que condujo al pensador *x* a consolidar o simplemente barruntar los lineamientos fundacionales y las reglas operativas de su teoría. Sobre este punto, es de prima importancia señalar que las buenas historias de la Filosofía atesoran precisiones biográficas que anexan las trayectorias intelectuales y los recorridos ideológicos de los filósofos, mismas que, asociadas interactivamente unas con otras, satisfacen la exigencia central del método aquí sugerido.

La evolución de mi pensamiento filosófico, de Bertrand Russell, es una edificante muestra de preocupación pedagógica por parte de este pensador, pues era poco fiable para sus lectores y epígonos, antes de la publicación de ese libro, trabajar el pensamiento de un autor que solía variar con frecuencia los criterios y matices de sus pos-

turas filosóficas. Leer y releer el libro, examinarlo bajo la lente de diferentes lupas gnoseológicas e intentar hilvanar las costuras sintácticas que representan el tránsito hermenéutico de una forma de exégesis a otra, condimenta un ejercicio de notable rendimiento intelectual en el propósito de entender cada vez mejor el estilo de hacer filosofía que fuera tan único de este maestro incomparable. Sobre todo porque cada paso lógico efectuado por el filósofo y matemático Russell desde un punto de vista determinado hasta alcanzar la novedad del siguiente, está justificado con alguna clase de explicación tan lógicamente exhaustiva como estilísticamente impecable.

Estaría suficientemente claro, entonces, que los recursos documentarios para seguirle la pista a la evolución intelectual de los filósofos como parte del método para aprender a filosofar, existen. Lo que no hay, por desgracia, son los programas académicos que promuevan el concepto de marras e impulsen la praxis exegética del mismo. No se aprende a filosofar recitando epítomes de lo que dicen los mejores pensadores, sino cavilando en torno a lo que ellos han dicho y acerca de lo que uno mismo es capaz de atreverse a pensar. Por lo demás, cada escritor es dueño de una impronta, de un palpito, de una métrica y hasta de un ritmo, exclusivo y personal, que deben tomarse de paradigma textual o modelo directriz, mas no como calco de papel carbón usado para plagiar la forma de su verbo cuando no se cuenta

con el talento mínimo para entregarse honestamente a los inciertos afanes de capturar su esencia.

No se trata, entonces, de imitar en el detalle la forma de expresarse un filósofo para atrapar así el secreto de su idiosincrasia discursiva, pero cualquier premeditado intento de mimesis idiomática no ha lugar a resultados provechosos sin una detallada, repetitiva, obsesiva y muy prolongada dedicación al manoseo intelectual de sus obras. La historia enseña, tratándose de este tema en particular, que no son los epígonos más fervientes de los grandes pensadores o los áulicos apologistas de sus ortodoxias doctrinarias, quienes supieron interpretar mejor la hondura y proyección de sus preclaras concepciones, sino que lo han sido los exegetas críticos que guardaron prudente distancia intelectual de los maestros para sentirse menos constreñidos por su influencia a la hora de proferir sus evaluaciones críticas, o de inspirarse en ellos para aplicarse a crear sus propias obras.

En este sentido, la identificación ideológica y el sentimiento de compartir preferencias y fobias, así sea lejana e impersonalmente con un autor subjetivamente mitificado, es un camino relativamente seguro para llegar a “pensar como él”, pero importa reseñar el desastroso resultado que puede devenir de ese esquizofrénico impulso de “clonarse” un hombre a la imagen y semejanza intelectual de otro. Ejemplos de esta patología social de corte

filosófico hay de sobra en la historia de las ideologías absolutistas tanto de lejana como de reciente data. Llevar el conato de filosofar hasta extremos de esa índole entraña la negación de la propia filosofía. Las más de las veces, los dogmáticos y fundamentalistas de la religión y la política no necesitan filosofar a la par del doctrinante que les sirve de modelo. Les basta con sujetarse a las nociones de base sentadas por él como dogmas o axiomas para condenar desde ellas a los “réprobos”, “herejes” y demás adversarios de su infalible e inapelable concepto de “verdad”.

Bibliografía

Coppleston y Russell. *Polémica sobre la existencia de Dios*. B.B.C. London.

Dummett, Michel (1991). *The Logical Basics of Methaphysics*. London: Duckworth.

Foulquié, Paul (1967). *Diccionario del lenguaje filosófico*. Madrid: Editorial Labor.

Marx, Carl (1927). *Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho*. Costes.

Russell, Bertrand (1970). *La evolución de mi pensamiento filosófico*. Obras Completas. Bilbao: Aguilar.

Vuillemin, Jules (1986). *What are Philosophical Systems?* Cambridge University Press.